

“El honor y la honra en *El médico de su honra*, de Pedro Calderón de la Barca, y en *El mercader de Venecia*, de William Shakespeare”

Nikte Shiordia Coronado

El teatro de los Siglos de Oro tiene en la obra dramática de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) su más alta expresión; en ella se sintetiza lo que la historia de la cultura denomina la visión barroca del mundo. Lo mismo puede decirse de la obra teatral del dramaturgo inglés William Shakespeare (1564-1616), ya que también en su obra se sintetiza la visión del mundo isabelino. Ambas visiones, barroca e isabelina, constituyen uno de los legados culturales occidentales más complejos a través de la expresión teatral. Esto, aunado al complejo lenguaje poético de ambos dramaturgos, hace a sus obras aún más trascendentes.

Es decir, el teatro es un microcosmos que por medio del arte teatral refleja, como metáfora, el macrocosmos; es una gran ventana a través de la cual el espectador contempla el mundo como si fuera un teatro y viceversa. Ambos teatros (el español y el isabelino) se convirtieron en un fastuoso espectáculo teológico, que advertía a los asistentes que eran actores a los que Dios les había dado un papel en este mundo y era necesario ir al teatro para que uno como espectador se convirtiera en un buen actor en el mundo, lo que nos advierte la importancia que tenía el teatro en la vida de los hombres del siglo XVI y XVII.

En este sentido, aunque la lectura de una obra teatral de Calderón o Shakespeare nos permita vislumbrar el significado profundo que ellas tienen, ello no sustituye la experiencia que se vive frente a la representación, y aunque disponemos de las obras impresas de estos grandes dramaturgos, éstas están muy lejos de ser lo que fueron cuando se representaban o leían en su época. Por más que se intente una reconstrucción arqueológica cultural del teatro barroco español o isabelino, siempre estaremos muy lejos de la experiencia que el teatro tuvo para aquellos hombres, tan distintos y tan semejantes a nosotros.

Esta visión del mundo se ha ido perdiendo con el paso del tiempo. Por ello, en esta breve exposición tendré como objetivo señalar dos aspectos de la visión del mundo que Calderón

y Shakespeare presentan en una de sus obras: la tragedia *El médico de su honra* (1635) y la comedia *El mercader de Venecia* (1597): el honor y la honra.

Se puede advertir, de entrada, que el término “visión del mundo” y los adjetivos que lo califican son extemporáneos con respecto al tiempo de Calderón y Shakespeare, pues se establecen dentro del campo de la filosofía. Wilhem Dilthey, con su obra *Teoría de las concepciones del mundo*, propone que una concepción del mundo no está limitada a una propuesta religiosa, científica, filosófica, histórica o política, sino que es la suma de todos estos elementos que se van conjuntando hasta constituir una unidad, en la cual quedan incluidos todos esos aspectos que pueden asumirse por separado dentro de una sociedad.

Tal sería el caso de dos palabras como honor y honra que son a su vez dos conceptos que juegan un papel muy importante dentro de la sociedad monárquico-feudal europea de los siglos XVI y XVII y que están relacionados, antropológicamente, con una idea del hombre en tanto individuo que forma parte de una sociedad, y como parte de un estamento que lo integra a un orden social. Así, por ejemplo, un campesino tiene una identidad individual en tanto se le reconoce con un nombre y una ocupación, pero al mismo tiempo tiene deberes y obligaciones de acuerdo al estamento al que pertenece y en el que ha sido colocado nada menos que por Dios. Entonces, estos deberes y obligaciones no están sólo en función del sujeto, sino también en función de la Providencia, y transgredirlos es ir en contra no sólo del orden social, sino también de la divinidad.

En el Antiguo Régimen –dentro del cual se ubican las monarquías absolutas –, Calderón y Shakespeare viven y producen una actividad dramática en y para sociedades que funcionan en torno a este tipo de monarquías, el estamento aristocrático o nobiliario tiene para la sociedad un carácter ejemplar, pues en ellas Dios ha delegado su autoridad, los ha elegido y les ha dado “sangre azul”. Es la Nobleza la que representa a Dios en la tierra y es ella la que debe seguir una conducta ejemplar antes los otros estamentos, que no sólo ven en la nobleza la presencia de Dios, sino la guía de conducta de todo buen cristiano, transformado por el cisma de la Reforma y la Contrarreforma en caballero católico y puritano. Y el peso de esta responsabilidad se pone de manifiesto en los conceptos de honor y honra.

El hombre perteneciente al estamento nobiliario o a la aristocracia tiene sobre sus hombros la responsabilidad de saber que, como individuo, Dios lo ha elegido para ser modelo de caballero, al que no sólo lo van a caracterizar el dominio de las armas y las letras, sino que además sus acciones deben estar en consonancia con una conducta ejemplar. El caballero sabe el papel social que desempeña para los otros estamentos y para el suyo propio, e incluso para avalar y reforzar su conducta, el poder pone las leyes a su servicio.

El honor se convierte en la identidad secreta del caballero y el aristócrata se convierte en un actor de su honor, que no nada más tiene profundas implicaciones sociales e individuales, sino metafísicas, pues no sólo se pone en juego su prestigio social, sino su salvación o condena. Este aspecto es el que los espectadores contemplan, el honor pone en juego lo social y lo metafísico, por eso todo lo que se trate sobre el honor debe tener un carácter secreto. El honor cuando tiene un reconocimiento social da honra al sujeto, pues los demás reconocen su valor. Perder el honor no sólo es asumir que el sujeto ha dejado de ser modelo de conducta y pone en peligro su salvación, sino que además los otros dejarán de verlo y tratarlo como hombre de honor, lo cual equivale a la deshonor. Perder el honor y la honra es salir violentamente del orden estamental y por consiguiente, del orden divino.

Tanto el teatro de Calderón como el de Shakespeare van a utilizar este tema como *leit motiv* en muchas de sus obras, pues honor y honra eran términos en torno a los cuales se articulaban los múltiples elementos de la cosmovisión barroca e isabelina. Tales son los casos que comentaré brevemente ahora en el *Médico de su honra* de Calderón y *El mercader de Venecia* de Shakespeare.

El médico de su honra tiene como hilo conductor temático la historia de un noble, don Gutierre, que ve en peligro su honor y su honra por azares del destino. El Infante Don Enrique, hermanastro del rey don Pedro, fue antiguo pretendiente de doña Mencía, la mujer de don Gutierre; sin embargo, al ser don Enrique Infante, es incapaz de desposar a la mujer, por lo cual lo único que desea obtener de ella son sus favores. Por esta razón, ella lo rechaza y decide casarse con don Gutierre, lo cual muestra que doña Mencía ha puesto su

honor a salvo y también su honra. Sin embargo, un accidente con el caballo de don Enrique cerca de la casa donde vive el matrimonio hace que se produzca un nuevo encuentro entre doña Mencía y don Enrique, quien de nuevo despierta su pasión por doña Mencía, la cual a su vez tendrá que sortear toda una serie de dificultades para evitar el acoso de don Enrique sin que lo sepa su marido, pues también pone en peligro su honor y honra; pero a pesar de toda la mesa de trucos y argucias que doña Mencía inventa, un destino fatal la persigue, pues aunque evita que don Enrique cumpla su propósito, no puede evitar la sospecha de don Gutierre, quien termina asesinando a su mujer y le inventa una muerte por “negligencia médica”, de modo que tanto su honor como el de ella quedan como “intachables” a la vista de todos.

A continuación citaré el monólogo de la protagonista doña Mencía en el cual se implican todos los efectos del deshonor de don Enrique y el destino trágico del personaje:

Doña Mencía: Ya se fueron, ya he quedado

sola. ¡Oh quién pudiera, ah cielos,

con licencia de su honor

hacer aquí sentimientos!

¡Oh quién pudiera dar voces

y romper con el silencio,

cárceles de nieve donde

está aprisionado el fuego,

que ya, resuelto en cenizas,

es ruina que está diciendo.

“Aquí fue amor”. Mas ¿qué digo?

¿Qué es esto, cielos, qué es esto?

Yo soy quien soy. Vuelva el aire

los repetidos acentos

que llevó, porque, aun perdidos,

no es bien que publiquen ellos

lo que yo debo callar,

porque ya, con más acuerdo,

ni para sentir soy mía
y solamente me huelgo
de tener hoy que sentir,
por tener en mí deseos
que vencer, pues no hay virtud
sin experiencia. Perfeto
está el oro en el crisol,
el imán en el acero,
el diamante en el diamante,
los metales en el fuego;
y así mi honor en sí mismo
se acrisola cuando llego
a vencerme, pues no fuera
sin experiencias perfeto.
¡Piedad, divinos cielos!
¡Viva callando, pues callando muero!

Calderón a partir de la problemática del honor y la honra nos plantea el problema de lo inevitable del destino. Doña Mencía trata por todos los medios de escapar, enfrentándolo, esquivándolo y huyendo pero no puede. Esto es muy interesante porque la obra puede interpretarse no sólo desde la perspectiva de don Gutierre sino desde la de la mujer, también sujeta a la problemática del honor y la honra.

En el caso de la comedia de Shakespeare, podemos ver que aunque se trata de una comedia el eje que la articula es el honor y la honra que, por un lado, obligan a Antonio, el mercader de Venecia, a ser generoso con sus amigos, a respetar las leyes y aceptar lo que venga con estoicismo y por el otro, orillan de cierta manera a Shylokc a valerse del crimen, pues al ser un personaje marginado y generalmente despreciado por su profesión y creencias tratará de hacerse valer por medio de actos viles y crueles aunque al final perderá tanto el honor como la honra.

Conviene tener presente que el honor y la honra de Antonio mueven todas las acciones de los personajes, quienes ven en la conducta del judío usurero Shylock un rechazo a los valores de honor y honra en torno al cual giran todos los valores de Venecia, que en realidad no es sino la transposición de Londres a la ciudad italiana. Esto se ve cuando Antonio se comporta como el caballero que es ante lo que parece ser su inevitable condena. Basanio lo elogia usando estas palabras:

BASANIO: “Mi amigo más querido y el hombre más amable.

El de mejor carácter y el de incansable espíritu
Para hacer cortesías; y sobre todo el hombre
En que el antiguo honor romano se ve más
que en nadie que los aires italianos respire”.

Este breve panegírico hace eco del noble espíritu de Antonio, quien ante la adversidad y su próxima condena, que ha movilizadado a toda la sociedad veneciana en torno a él en su defensa, se expresa varias veces como lo hará después Hamlet frente a la adversidad del destino. Le pregunta Porcia en el juicio a Antonio si tiene algo que decir y contesta:

ANTONIO: Muy poco; estoy armado y estoy preparado.

Basanio, permitidme vuestra mano; adiós, pues,
No os aflijáis de que haya por vos caído en esto;
Porque aquí la Fortuna se muestra más amable
Que como suele ser; usualmente a un quebrado
Lo hace sobrevivir a su antigua riqueza,
Y ver con ojos huecos y la frente arrugada
Una vejez de pobre, y a mí en verdad me corta
La lentísima pena de una miseria así.
Enviadle mis saludos a vuestra noble esposa;
Relatadle el proceso de cómo acabó Antonio;
Cuando esté muerto, habladle bien de mí, cuánto os quise;
Y al terminar el cuento, pedidle a ella que juzgue
Si Basanio no tuvo quien lo quiso en un tiempo,
Tan sólo arrepentíos de perder al amigo,

Porque él no se arrepiente de pagar vuestra deuda,
Pues si el judío corta lo bastante profundo,
La pagará al instante con todo el corazón.”

En *El mercader de Venecia* Antonio simboliza el honor y la honra de todos los *gentlemen*, frente a la destrucción de estos valores por parte de Shylock, y que el dramaturgo también aprovecha para establecer la contraparte femenina frente a estos valores, ya que Porcia, travestida en el doctor Baltasar, da una lección al judío y hace que triunfe la justicia y el mundo representado por Antonio. Y Shakespeare, al igual que Calderón, plantea la problemática del hombre enfrentado a su destino, que a los hombres del siglo XXI nos sigue preocupando, aunque ya sin el enorme peso que tuvo en aquellos tiempos el vivir en función del honor y la honra.

Conclusión:

Podemos ver que en las dos obras que se analizaron se toman los conceptos de honor y honra no sólo desde un punto de vista social, sino vinculados a una visión del mundo, donde ambos se anclan a una metafísica de raíz teológica, a partir de la cual podemos advertir la complejidad del mundo barroco y del isabelino. Asimismo, permite a estos dramaturgos poner en escena la gran problemática del hombre frente a su destino, que sigue siendo un misterio hoy en día.